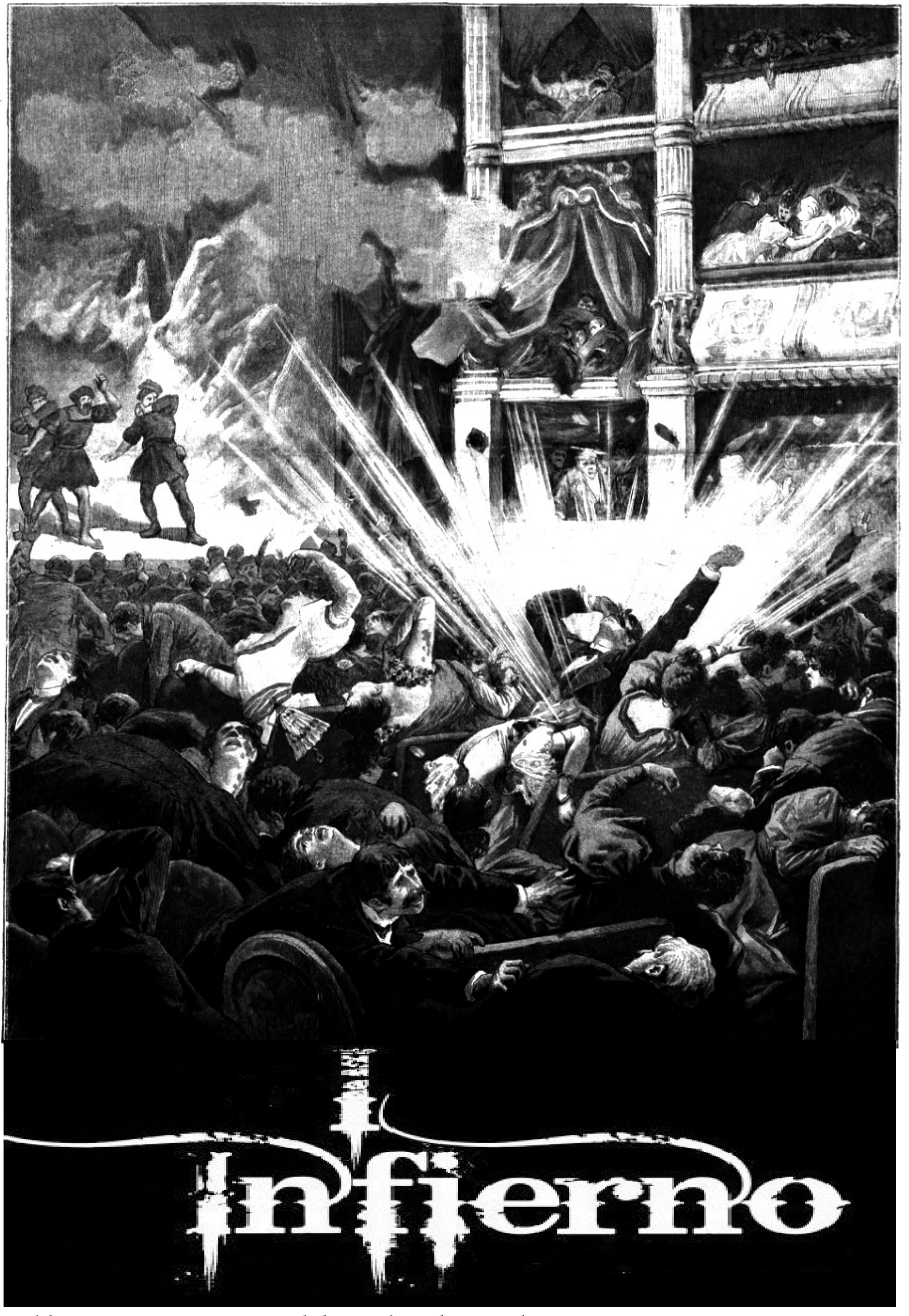


Publicación Anárquica por el desmadre y la revuelta. Otoño 2012

Revisando la historia del concepto democrático



Hablamos de democracia y aparece en nuestra cabeza el mundo idílico de la Grecia clásica: hombres con toga, charlando civilizadamente bajo el sol mediterráneo, envueltos en blancas togas. Pensar esto es faltar claramente a la verdad. La gran mayoría de las personas que vivían en la cuna de la democracia lo hacían en la esclavitud, y del poder decisorio quedaban excluidas también las mujeres. En el maravilloso origen de la idea democrática sólo mandaban los hombres propietarios y su poder se extendía a todas sus propiedades, incluida la familia, incluidos los esclavos (¿os suena?). Eso sí, los propietarios se trataban entre ellos como hombres libres e iguales, cada uno mandaba y obedecía sucesivamente; y la polis no se construía ideológicamente contra la naturaleza sino que era la culminación de la organización social para que los hombres libres (recalquemos esto de hombres libres, es decir, propietarios) pudieran vivir bien.

Pero esta idea de sociedad supuestamente armónica desaparece bajo el rumor de los tiempos, y no tiene nada que ver con nuestra democracia. La que nosotrxs sufrimos es fruto de una evolución histórica concreta que se inicia con la creación del Estado moderno, que nace en un momento, un espacio y unos paradigmas ideológicos determinados. En el siglo XVI aparecen Hobbes, Locke y demás amigos que elaboran la teoría del contrato social, escandalosamente viva aún hoy. La sociedad civil, que vendría a ser la polis griega, sigue dándose entre los hombres libres (propietarios), pero aparece un nuevo ente, el Estado, donde los hombres libres ya no

son iguales entre ellos. El Estado es una creación artificial para tratar de resolver el conflicto original, porque lo natural es la lucha de todos contra todos, por eso de que “el hombre es un lobo para el hombre” (por favor, nótese la ironía). Se impone una organización vertical: una autoridad soberana sobre los ciudadanos-súbditos. El nuevo paradigma de lo que es la sociedad se levanta contra una naturaleza caracterizada como violenta y opresiva que precede a aquello civilizado: la política. Por esto, el triunfo de la sociedad es la creación del Estado moderno, que no es más que la domesticación de la naturaleza, con todo lo que eso comporta.

Después se sucederían las revoluciones burguesas: la inglesa, la independencia de los Estados Unidos, la francesa... La construcción del Estado tal como lo conocemos es fruto de una historia y no debe pretender entenderse sin contemplar ese desarrollo ideológico y material concreto. El Estado moderno aparece ligado al Estado-nación, a la división de poderes como garantía, a una retahíla de derechos y obligaciones inalienables. Que los años pasaran, que se sucedieran las guerras y las revoluciones, que ante la amenaza soviética se consolidase el Estado de bienestar no cambia ni la sustancia ni el significado del Estado moderno. Más allá de una relativa ampliación de los límites de lo que es tarea del Estado en el Estado del Bienestar, o de una supuesta participación de lxs ciudadanxs en el funcionamiento formal del Estado democrático, estas variantes del Estado moderno no tienen más objetivo que seguir tratando de mantener ese orden artificial construido contra y sobre la naturaleza y lxs ciudadanxs-súbditxs, haciendo equilibrios conforme con las circunstancias y los requerimientos históricos.

La institucionalización del Estado moderno y, aún más, su forma democrática, implica el nacimiento de la ciudadanía. Los individuos dejan de serlo y pasan a formar parte de una realidad superior, el Estado, que les proporciona seguridad mediante la conservación de unos supuestos derechos naturales e inalienables pero que neutraliza también sus tendencias perniciosas para la colectividad. De este supuesto derivan tres cuestiones clave, a saber: la primera, qué es y que no és considerado pernicioso para la colectividad, y quien lo decide; la segunda, qué medidas se utilizan para neutralizar estas tendencias perniciosas; y la tercera, estos derechos que emanan de una autoridad superior a unx mismx sólo se tienen cuando la autoridad los reconoce y tiene a bien concederlos. Es el Estado quien define las tendencias perniciosas para la colectividad, quien otorga los derechos y quien los garantiza, quien decide qué es un derecho y qué no lo es, y quien los impondrá o revocará por la fuerza si es necesario, pues para eso goza de su monopolio.

Oposición a la democrácia

Sobrevivimos en un sistema de dominación. Cuando decimos esto queremos decir que nuestras vidas estan sometidas y condicionadas por multitud de relaciones de poder que derivan de estructuras enormes y profundas que se pueden concretar en la clase, el género y la raza. Estos ejes de desigualdad tienen bases tangibles.

Obviamente hay bases materiales, y si pensamos en los hombres libres de la polis griega, es decir, en los propietarios, y en los esclaves, lxs que trabajan y tienen una vida constreñida por tener un lugar donde dormir y algo que comer, tal vez podríamos encontrar puntos en común. En unos momentos en los que no se habla más que de crisis económica, hay que valorar cual es la relación entre economía y política. Consideramos que la democrácia es la fachada política del sistema económico que es el capitalismo. Que son dos piezas que pertenecen a la misma maquinaria, y que se relacionana entre ellas en una especie de simbiosis para garantizar la continuidad del statu quo. El Estado cubre las necesidades económicas de grandes empresas y bancos, si es necesario, y da subvenciones y ayudas, sólo si es muy necesario para mantener la estabilidad del sistema económico y proteger la paz social.

También hay bases legales, esto es, ideológicas: si nos ponemos a analizar cualquier declaración de derechos (y si lo hacemos no es para concederles la más mínma validez, sino porque son manifestaciones explícitas de las ideas e intenciones del Poder) vemos que no sólo regulan aquello que supuestamente pertenece al ámbito público, como los derechos políticos o el derecho a la propiedad privada, sino que pretenden cubrir todas las esferas, también aquello pretendidamente privado. Es desde el Estado donde se construyen, se prescriben y se (de)limitan todas las relaciones: las políticas, las económicas y las personales.

Estas bases ideológicas que son las que hacen que se perpetuen las desigualdades, que todxs sus súbditxs nos relacionemos partiendo de ellas: prescriben, delimitan y justifican pautas de comportamiento. Es el pensamiento democrático, que dicta lo que debe hacerse y lo que no y, aún más, cómo debe hacerse. Si hemos dicho que el Estado se entromete en todo, en cualquier momento y situación, el pensamiento democrático es su garante. Pensamos lo que el Estado y sus herramientas de control (la escuela, los medios de comunicación, la presión de vecinxs y familiares) permiten que pensemos. Se supone que en un Estado democrático somos libres de pensar lo que queramos, pero nuestra imaginación se ve atrapada en la imposición de una realidad muy concreta y acobardada por el miedo a la marginación o al oprobio. Aún más, aunque logremos pensar algo que no deberíamos pensar, el Estado tiene aún más herramientas amenazantes por si se diera el caso de que se nos ocurriera llevarlo a cabo: la represión en todas sus formas (cuerpos policiales, cárceles, psiquiátricos, centros de menores y demás instituciones que defiendan la sociedad de semejantes tendencias perniciosas).

Sea como fuere, la cuestión es que en las formas contemporáneas del Estado moderno este ya no está sólo contra y sobre los individuos, sino también dentro de esos individuos. Su poder, pues, es más sútil, menos visible y, por ello, más peligroso. El Estado no es una estructura ajena a nosotrxs, no es un ente abstracto ni una realidad tangible sólo a nivel de condiciones materiales o de instituciones políticas, sino que es una realidad que pretende abarcarlo todo y cuyo orden está presente en (casi) todo, una realidad totalitaria en el sentido más crudo y literal del término. Ser conscientes de ello, desafiar al Estado en todas sus formas y en cada momento, desmontarlo, destruirlo... atrevernos a imaginar nuevas maneras de vivir y de luchar contra esa realidad que nos constriñe.

EL SINDICATO O LA MUERTE

Dicen que los lobos no se devoran entre sí.

Tengo muy pocos conocimientos personales sobre las costumbres de tales bestias como para permitirme creer que este dicho es menos idiota que la mayoría de los dichos.

Si, por casualidad, fuese exacto, para nosotros no probaría más que una cosa: que entre los hombres y los lobos hay, amen de las disparidades zoológicas, una fenomenal diferencia de apetitos.

Es probable, y hasta seguro, que la civilización, tan maravillosamente favorable al desarrollo de nuestros más salvajes instintos, haya destruido en nosotros los escrúpulos que nuestra ferocidad acaso tenía en común, en mejores tiempos, con la de los lobos.

Ya no nos hallamos, ay, en la antropofagia vulgar; aquella que se contenta precisamente con degollar, trinchar, cocinar y digerir carne humana. Tales procedimientos simplistas han quedado relegados a ciertas latitudes tropicales, en las cuales, aunque al parecer cada vez menos, siguen aplicándose.

En nuestro caso, en los buenos países privilegiados, donde el progreso se ha abierto paso, nos devoramos con una glotonería tanto menos escrupulosa cuanto que podemos cocinarnos de mil fáciles maneras, por no decir de lo más agradables.

Pero, naturalmente y como en las demás manifestaciones del ya mentado progreso, es el obrero, el proletario, el que marcha siempre a la cabeza. Soberanos, financieros y burgueses no desdeñan devorarse entre sí. Sin embargo, sea porque un gusto poco glotón por una alimentación que están expuestos a proveer una vez se han servido de ella, sea porque comerse al pueblo tiene para ellos un mayor atractivo, es éste el régimen alimentario por el que los susodichos, casi de manera general, muestran su preferencia.

El proletario, por su parte, carece de tales remilgos. Se gusta con todas las salsas y, bien o mal sazonado, joven o viejo, tierno o correoso, macho o hembra, se devora con un apetito que es prácticamente además el único testimonio creciente de estima del que dispone.

Id a la ciudad o al campo, entrad en la fábrica, en el taller, en la oficina, en cualquier lugar, en fin, en el que los pobres forzados trabajan obstinadamente para engrosar la fortuna de un amo cualquiera, en todos lados constataréis que, tras el ardiente deseo de conquistar y mantener la estima del patrón, el sentimiento más extendido es el encarnizamiento en la lucha contra los compañeros de trabajo o de miseria.

¿De verdad está el proletario orgulloso de su esclavitud? ¿Feliz con su mezquindad? A saber. En todo caso, el obrero se muestra más y más ferozmente celoso de cualquiera que, en su mismo rango, condenado a la misma cadena, intente romper las ataduras y ganar algo de bienestar o libertad.
¿Que hay alguno que rehúsa alojarse en un barrio sucio o en un apestoso cuartel? ¿Que prefiere ropas buenas o hermosas de su elección a los uniformes de trabajo? ¿Que material e intelectualmente eleva sus deseos, refina sus gustos? ¿Que sobre todo, en fin, procura liberarse de toda dominación patronal para trabajar solo y a voluntad? Inmediatamente, casi desde cualquier parte entre las filas de sus hermanos, se alza un grito de furioso odio.

¿Que hay otro, al contrario, que, queriendo protestar por otros medios contra la labor impuesta o dar testimonio de su asco por la vida doméstica, se refugia en la privación de todo para no trabajar, y se condena a las noches sin techo, a los días sin alimento, a las intemperies sin ropa? Contra ese que escapa por una carretera en sentido opuesto sus propios compañeros de cadena lanza furiosamente el mismo grito.

No es cosa, en suma, para el obrero, de buscar un principio de libertad o de tomar un adelanto de felicidad ni en el trabajo libre ni en la franca ociosidad; ni en lo mejor ni en lo peor. Debe quedarse donde está; en la fila, bajo la mirada y la mano del amo, dócil, pacientemente, como los camaradas… ¡y no dárselas de listo!

De buena gana podría uno imaginarse todavía que la servidumbre aceptada, el trabajo asalariado admitido, el común yugo soportado sin respuesta; que el obrero, en fin, en tales condiciones encuentra entre sus semejantes una cierta simpatía, una mayor solidaridad, una compensación más o menos grata a su parte consentida de miseria.
¡Ingenua suposición!
Los trabajadores son inmisericordes no sólo con quien deserta de sus filas para elevarse o apartarse, para gozar o para sufrir, sino sobre todo con quien pena y se mantiene entre ellos.

¿Tienen el amo o el capataz necesidad de guardia, de vigilancia, de policía, de defensa contra uno o varios de sus esclavos? Nueve de cada diez veces, no encontrarán guardianes más fieles, vigilantes más activos, agentes más celosos, defensores más ardientes que los propios compañeros de esos desgraciados.

Se denuncian cada día, además con razón, aunque por ciento muy poco violentamente, a la administración y a la compañía que cesan a los empleados, a los patrones que despiden, a los propietarios que desalojan, a los enriquecidos que marginan.

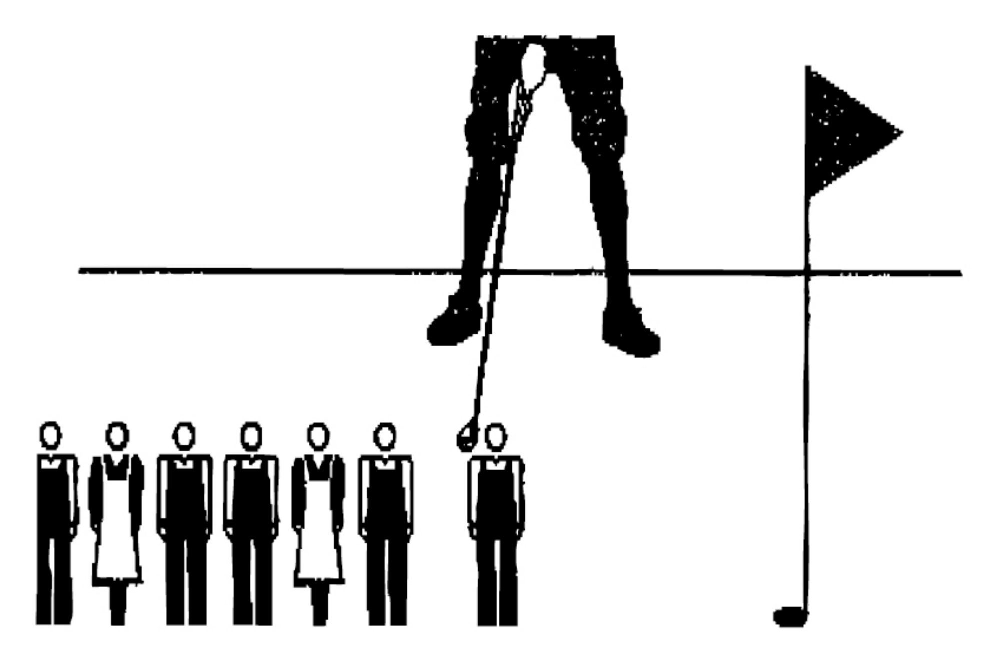
Las canalladas de tales bribones no resultan atenuadas por la cobardía de aquellos que los sirven. Pero dicha cobardía tampoco tiene excusa.

En ocasiones se oye decir que el desgraciado amargado por su impotencia, el trabajador irritado por su continuo e inútil esfuerzo, conciben malos pensamientos cuyos retorcidos caprichos pagan sus semejantes, y no los amos, que se sitúan demasiado alto como para ser alcanzados.

¡Se puede ir muy lejos con una teoría así!
Los trabajadores no se ayudan, se perjudican incluso; es innegable. Al menos así ocurre en la práctica, lo que es esencialmente grave.
Para defender una actitud tal, todas las razones imaginadas son malas.
Bajo el pretexto de la liberación, el proletariado da en el momento actual un penoso ejemplo de su empecinamiento en la servidumbre y de su feroz voluntad de mantener aprisionado en ella al mayor número posible de sus propios hijos.

El proletariado se forja una cadena nueva y más pesada, inventa para su uso personal una patronal más intratable, una autoridad más tiránica que todo lo que se le había impuesto en el pasado.

El sindicato es, por el momento, la última palabra de la imbecilidad y, a la vez, de la ferocidad proletaria.



Este nuevo sistema de degüello mutuo se propaga por el mundo de los trabajadores. Y la complacencia de los poderes públicos o privados al no oponerle más que resistencias hipócritas es de una lógica perfecta.

Los sindicatos disciplinarán con mayor fuerza que nunca a los ejércitos del Trabajo y los convertirán, por las buenas o por las malas, en aun mejores guardianes del Capital.

En un reciente berreo electoral, un obrero tipógrafo vino a proclamar, desde lo alto de una tribuna, que todos los obreros no sindicados eran lo enemigos del proletariado, falsos hermanos con los cuales no debía haber ningún miramiento ni piedad.

Y la multitud de los sindicados aplaudió frenéticamente.

Los demás trabajadores pueden morirse de hambre, de enfermedad, de miseria.

Los patrones o los compañeros que acudan en su ayuda serán, por la misma razón, expuestos a la indignación pública.

El sindicato o la muerte.

Todavía no hemos llegado del todo a esto, pero poco más o menos, en realidad. Y con poco que esta monstruosa ceguera se agrave, la alternativa se impondrá sin remisión.

Es lo que faltaba, en verdad, para completar la siniestra farsa de emancipación con la que se nos habría engañado desde hace más de cien años.

Por otro lado, lo menos que puede uno esperarse al decir hoy en día algo así es ser calificado de cretino en materia de historia o de acémila en materia de economía social.

O bien dejarse devorar por el Capital o bien devorarse entre ellos (y, por el momento, ambos se complementan); puede preverse sin gran fatuidad hacia qué especie de liberación se encaminan los proletarios.

¿Se decidirán a probar otra cosa?

Albert Libertad

Perspectivas anarquistas ante un mundo incomprensible



Desde su surgimiento, el movimiento obrero se caracterizó por enfrentarse de una u otra forma al capital luchando contra el trabajo asalariado o al menos por la reducción del tiempo que había que sufrirlo (lo cual a menudo es una forma de luchar contra él). De éste movimiento nació el anarquismo tal y como hoy se le conoce, aunque las ideas básicas y parte de sus teorías ya venían circulando desde un tiempo antes. En la actualidad, no existe movimiento obrero alguno, cada cual interpreta el "ser obrero" como se le canta de las pelotas e incluso ese mismo "ser obrero" es despreciado y despreciable desde muchos ángulos. No obstante existen obreros (pese a que en este mundo cada vez más raro y complejo representen cada vez menos cosas) y cuando luchan, que viene a ser cuando les tocan el bolsillo de una manera muy grave, lo hacen muchas veces por ¡trabajar más horas!. Lógicamente no quieren más horas de explotación por amor al trabajo, pese a que su ética siga estando bien vista en esta gran caja llena de mierda que es la sociedad, sino porque más horas suponen más dinero. A eso es a lo que parece haberse reducido (casi) todo.

Pero los obreros (sea lo que sea eso) no son los únicos que luchan (cuando lo hacen, claro). También luchan los vecinos porque sus barrios no sean degradados. Claro que cuando un vecindario se moviliza se puede ver a un currela de toda la vida al lado de un patrón o incluso de un reconocido fascista o de un policía incluso (y si bien no es lo más común, porque es más frecuente que el currela se quede en su

casa y que quien proteste sea el comerciante para velar por la salud de su pequeño negocio de barrio, sí que ha sucedido en más de una ocasión y de dos).

Los jóvenes, fuerza tradicionalmente innovadora, ilusionante y apasionada, parecen, siempre hablando a grandes rasgos, estar más preocupados por quedar a través del twitter para agarrarse una cogorza de dimensiones olímpicas el fin de semana o de que sus viejos no les obliguen a recoger su cuarto que de portar la llama del inconformismo. Su rebeldía en muchos casos no deja de ser una pueril pataleta de auto-afirmación adolescente (o post-adolescente) contra sus mayores que una oposición consciente hacia un mundo que les putea y adoctrina.

Más allá de estas consideraciones pseudo-sociológicas que a buen seguro podrían ser rebatidas (eso sí, con bastante dificultad) nombrando casos puntuales o excepciones honrosas, el fondo de la cuestión es que el mundo se ha vuelto loco como una puta cabra y que todo parece caerse a pedazos pero no acaba de suceder. Y por



estas latitudes parece ser que salvo algún tibio atisbo de protesta ciudadanista más o menos generalizado, ni el mismísimo apocalipsis podría hacer que el personal salga en masa a las calles decidido a hacer trizas la realidad que cada vez más le aprieta esa soga al cuello que todos llevamos en mayor o menor medida llamada sistema (o Estado-Capital, por ser más castizos).

En muchas partes del mundo corren ríos de sangre, a menudo pidiendo democracia y libre mercado, otras veces por no morirse de hambre. Pero en "esas otras partes del mundo" echando una breve ojeada histórica ¿alguna vez dejó de correr la sangre? Porque los hechos no por más mediáticos se vuelven más graves o importantes.

Y en "estas otras partes" del mundo donde parece que todo va a estallar mañana por la mañana y no estalla nada salvo alguna chispa esporádica (y también alguna detonación "menor" de efecto muelle) ¿qué hacen los anarquistas?

A esta pregunta que pretende ser analítica y en ningún caso despreciativa o peyorativa se puede responder con algunas otras preguntas (habrá sin duda quien pueda responder con respuestas, felicidades, pero analicemos también esas respuestas desconocidas totalmente por quien reclama la autoría de este escrito). A saber: ¿puede un movimiento que fue reflejo de una intensa ebullición social producida en un momento de cambio muy concreto mantenerse reducido a su mínima expresión en otro momento de cambio muy concreto con una cierta combatividad y con los mismos paradigmas que lo vieron nacer?

Al margen de lo que vaya hacer la gente/masa/pueblo/clase o demás entelequias indescifrables e inclasificables (por fortuna) ¿qué podemos hacer nosotros?

¿un movimiento de individuos refractarios y dispersos, aburguesados en gran medida (como el resto de la población), puede llevar con cierto tino el conflicto al seno del sistema?

¿qué tipo de relación política ha de establecer esta amalgama espuria e inconexa de "realidades libertarias" desde el punto de vista subversivo con la entelequia antes citada cuando ésta no lucha? ¿y cuando lucha?

¿al sistema lo tirará abajo la gente, las masas amotinadas? ¿sí, seguro? ¿o lo apuntalará aun más cuando de verdad se empiece a caer a cachos?

Más allá del manido "cómo incidir en la sociedad" o "cómo radicalizar las luchas abiertas", si de lo que se trata es de analizar la perspectiva de lucha de lo anarquista ¿no se trataría más bien de analizar qué luchas llevamos a cabo nosotros, cómo, por qué y con quién, y, sobre todo, para qué? Al fin y al cabo somos casi responsables de nuestros actos, no de los de la gente/masa/pueblo/clase/entelequia indefinible.

¿se pueden trenzar vínculos políticos interesantes con esa entelequia o con individuos sueltos cuando protestan o se movilizan (así sea desde el ciudadanismo más rancio, lo cual afortunadamente no es la totalidad de los mismos) si ni siquiera somos capaces de trenzarlos entre nosotros que supuestamente llevamos toda una vida luchando?

¿cuál es el criterio a la hora de vincularse desde una perspectiva de lucha? ¿que los individuos luchen? ¿verse reconocidos en su lucha? ¿la afinidad? ¿la necesidad? ¿trascender el "ghetto"? ¿su radicalidad? ¿el número? ¿la masa? ¿la posibilidad de cambio?

¿la ilusión de la posibilidad de cambio? ¿el entusiasmo? ¿la desesperación ante la imposibilidad de cambio? ¿agarrarse a un clavo ardiendo? ¿la estrategia? ¿la ociosidad?...

¿es apropiado "incidir en las luchas" ajenas o "radicalizarlas" cuando ni siquiera incidimos en nuestras propias luchas ni las radicalizamos? ¿y cuando sí lo hacemos (más bien pocas veces), no nos aislamos de las luchas ajenas por los métodos empleados en un lugar en apariencia más pacificado y adoctrinado que nunca? ¿debemos en tal caso suavizar nuestros métodos o aplicarlos más gradualmente? ¿hay actos oportunos? ¿e inoportunos? ¿hay momentos claves o siempre es el momento?

¿es un buen camino defender la propiedad privada de propietarios en apuros en los desahucios cuando no defendemos nuestras casas okupadas, supuestos espacios de libertad y experimentación y actuar subversivo? ¿salir a defender los puestos de trabajo de otras personas cuando ni siquiera defendemos el de nuestros compañeros despedidos?

¿en realidad defendemos a la gente/masa/pueblo/clase/entelequia o es una especie de propaganda por los hechos para demostrar que "así sí se puede"? ¿si es así por qué se predica con el ejemplo ante los problemas ajenos para incitar a luchar a los individuos, ya que en el fondo también nos afectan sus problemas, y no predicamos con el ejemplo ante nuestros propios problemas?

¿estas preguntas planteadas describen una realidad o son un tremendo error de interpretación de la realidad circundante?

¿se necesita crear un movimiento anarquista fuerte y "unido" que tenga una estrategia clara y que trate de "llegar a la gente" y concienciarla y animarla a luchar? ¿y si es así, cuáles son los impedimentos para lograrlo? ¿por qué todo el mundillo libertario se queja de la situación del presunto movimiento en Barcelona y, salvo algunas excepciones, casi nadie hace nada por remediarlo? ¿si esto último no es cierto y sí que hay serios esfuerzos colectivos por revertir determinados procesos negativos, por qué no se consigue?

¿se necesita atacar sin concesiones y tratar de arrinconar al sistema para iniciar o acelerar su derrumbe como paso previo a todo para que la entelequia nombrada hasta la saciedad tome las riendas de su propia vida ante la presunta imposibilidad de delegarla en manos de estructuras institucionales por disfuncionales? ¿es esto posible o es una paja mental? ¿si es posible puede hacerse?

¿se necesita un poco de todo y tratar de compatibilizarlo porque no todo en esta puta vida es o una cosa o la otra?

Planteadas las preguntas que respondían a la inicial solo queda responderlas, y esperemos que con hechos y no con más preguntas, porque suceda lo que suceda, la lucha sigue estando en la calle y no en las asambleas.

Lucha de clases

Es evidente que la sociedad se halla dividida entre explotados y explotadores, entre dirigidos y dirigentes. En esto el marxismo y el anarquismo coinciden. Pero es a partir de aquí que se separan, pues el marxismo esta preeminentemente con la "clase obrera"; en tanto que el anarquismo apoya también a esta clase (suponiendo que exista más allá que como mera categoría sociológica) siempre y cuando luche por su emancipación y la del resto de oprimidos y gobernados, pero ve que existen más factores explotados y dirigidos, no sólo la "clase obrera".

Ello ha sido la consecuencia de que el anarquismo apoye también a otros sectores de la sociedad que también sufren la opresión de la propia sociedad, del Estado y el capitalismo, como son aquellos a los que los marxistas denominaban "lumpen proletariat" y los campesinos, etc. Pero centrémonos en el tema de la "lucha de clases" tal y como los marxistas la toman, es decir, entre el proletariado y la burguesía.

La lucha de clases comprendería la clase explotada contra la clase explotadora. ¡No lo olvidemos! Explotados contra explotadores.

Pues bien, cuando los marxistas teorizan acerca de la "disolución de las clases sociales", lo hacen diciendo que pasado un periodo transitorio de dictadura por parte del proletariado se disolverán las clases sociales y el Estado morirá de muerte natural.

Porque, -dicen- el Estado de la burguesía "se puede abolir" pero el Estado de los proletarios "se tiene -¡debe! casi nos dicen- que extinguir" una vez cumpla su función.

Las clases sociales o, para ser más exactos, la condición social, no son más que una división entre las personas, derivadas de la condición económica de que son objeto (según la clase a la cual se pertenezca) y su posición en la jerarquía social; pero no es sólo esto, las clases sociales se mantienen por obra y gracia del Estado, que es quien protege los privilegios de la clase explotadora contra la rebelión de la clase desposeída. Es el Estado quien está interesado en que existan clases sociales, las unas explotadas, y las otras explotadoras.

Se trata, evidentemente, del interés que tiene el Estado en conservar las clases sociales. Sin éstas, su poder, sus privilegios se verían eliminados: no habría quien trabajase, no habría quien se esclavizaría por no tener ninguna otra opción. Si las clases sociales no existieran, el Estado al ver el sentido de su existencia eliminado se vería eliminado a sí mismo, y los miembros que lo conforman se verían en la misma situación que todos los demás. El Estado, la sociedad, el poder, cualquiera que sea su nombre, siempre estará interesado en la existencia de las clases sociales, pues de esta existencia devienen sus privilegios y su razón de ser.

¿Cómo explicar entonces que los marxistas, intenten "abolir" las clases sociales al mismo tiempo que se empeñan en mantener al Estado, que es quien sostiene precisamente aquello que se quiere abolir?

Ellos se empeñan en esto, pues creen que tomando la maquinaria del Estado, conseguirán eliminar las clases sociales, pero todo, por medio y obra del poder estatal.

Es verdad que dicen que este poder estatal no servirá a los intereses de una clase explotadora, como el actual. Dentro del marxismo, la burguesía propiamente llamada, cesará de existir. Será, entonces, el nuevo conjunto de responsables del Estado quienes tomarán su lugar, y el Estado, que antes servía los intereses de la burguesía, serviría entonces a los intereses de la nueva burocracia que explotará a las masas, aunque con otro nombre.

Nosotros sabemos que cuando existe el Estado, aun el Estado "obrero" que proponen ellos, existen necesariamente clases sociales diversas. La pirámide jerárquica no es eliminada y con ella las diferencias continúan subsistiendo. Desconocer esta ley "casi natural" del Estado, es desconocer todo lo que concierne a la emancipación de los individuos; desconocer la naturaleza del Estado, es echar por la borda al mismo tiempo todas las teorías que sobre la revolución se hayan podido hacer.

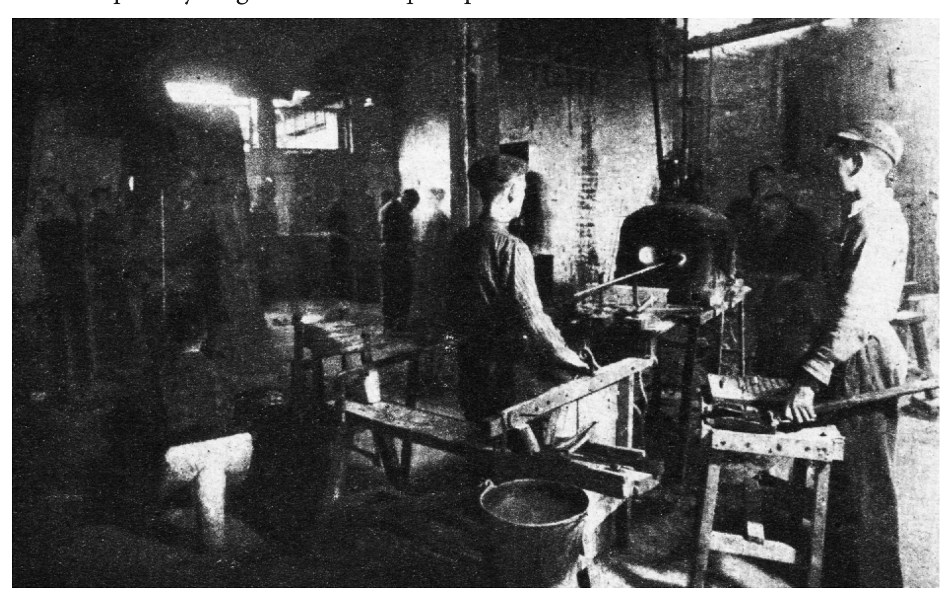
Desconocer el final de nuestros objetivos como revolucionarios, es querer formular una teoría social hilarante y descerebrada ¿los marxistas quieren formular una teoría así, o simplemente están equivocados? .

El marxismo se ha caracterizado durante mucho tiempo por desconocer o hacer caso omiso a esto, por empeñarse en sostener las equivocaciones de Marx que la historia ha demostrado (y que darían no para un artículo, sino para un libro entero).

Quien conoce medianamente el poder, sabe que quien se asienta en él, lejos de querer abandonarlo, se esforzará por hacer de su poder un todopoderoso, un todo. Quien conoce aunque sea a simple vista el gobierno, sabe que es imposible que haya gobierno sin gobernados, vale más decir, sin esclavos.

Aunque se nos trate de objetar que esto no pasará en el Estado "obrero"; pues serán los mismos obreros los que gobernasen.

La teoría bakuninista acerca de la toma del poder por los trabajadores echa por la borda las teorías marxistas, y esta teoría bakuninista es perfectamente aplicable a nuestra época -y en general- a cualquier país:



Si la “clase obrera” crea en un determinado país un Estado obrero, ¿quiénes serían los que no estarían en este Estado? Puesto que el Estado es obrero ¿a quién gobernaría este Estado? evidentemente, para que exista un gobierno, tiene que haber a quien gobierne. Supongamos que en cualquier región del mundo se crea tal Estado obrero ¿Serian los millones de habitantes los que gobernasen, los que subirían al poder? en el ilusorio caso de que así fuera, ¿a quién gobernarían? En caso de que fuera al pueblo; ¿no sería esto otra división de clases, entre gobernantes y gobernados? Y si el gobierno es popular y necesario ¿Qué necesidad hay de “extinguirlo”? ahora bien, si se extingue, es porque nunca fue ni necesario, ni popular, puesto que -según ellos- sería el mismo pueblo quien lo eliminaría. No hay modo de salir de esto. Además, esta misma intención de extinguir el Estado nos lleva a otras conclusiones: si el Estado es destruido por la libertad, es entonces evidente que hay que destruirlo inmediatamente, si no se quiere seguir siendo esclavo; y si el Estado destruido da paso a la libertad, nos encontramos en la misma conclusión anterior.

Lo que antes fue verdad, hoy está más confirmado.

Para darnos una idea de lo que los marxistas entienden por eliminar las clases sociales, empezando por el mismo Marx, reproduzcamos algunos puntos del Manifiesto del Partido Comunista:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra, para los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
4. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.
5. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
6. Obligación de trabajar para todos (claro, con excepción de los jefes del partido que estarán en el poder).

Ésta es la manera en como los marxistas y los sindicalistas e izquierdistas en general (pues estos puntos están incluidos en cualquier programa de cualquier sindicato o partido progresista o revolucionario) quieren ir hacia la abolición de las clases: haciendo un fortalecimiento del enemigo; esto tengámoslo en cuenta, pues no se trata ni de Lenin ni de Stalin de quienes salieron estas palabras, sino del mismo Marx.

En todo caso, como declararía Marx, el Estado obrero, sería compuesto por los socialistas dedicados y cultos, como suele decirse en sus escritos (tontería Saint-Simoniana).

Es decir, el populacho, el pueblo, sería gobernado por una nueva aristocracia de científicos. En palabras más claras, la propuesta de Marx es: el gobierno de los inteligentes sobre los “brutos”.

Para quien ve las cosas sin prejuicios doctrinales las cosas están claras: pretenden seguir dando vida a la bestia estatal, con el pretexto de su necesidad, y de su papel “revolucionario”… un Estado, un Gobierno… ¡Revolucionario!... hace falta desconocer totalmente la historia, la naturaleza del Estado, del poder, para creerse semejante cosa.

Sabemos, sin temor a equivocarnos que mientras exista el Estado, aun el propuesto por ellos, existirán las clases sociales.

También cabría preguntarles a los marxistas, si han comprendido esto ¿comprenden que el pueblo que se rebeló contra sus gobernantes (en este caso el partido

bolchevique) en Rusia, no era en modo alguno contrarrevolucionario? Simplemente siguieron sus propios principios de la lucha de clases: explotados contra explotadores. Al ponerse los dirigentes del Partido como los nuevos gobernantes, la rebelión del pueblo ruso fue no sólo una necesidad del momento, sino una obligación revolucionaria. Es imposible tratar de abolir las clases sociales al mismo tiempo que se sostiene la necesidad de un Estado, aunque éste sea obrero, pues el Estado no sólo es un producto que asegura la existencia de clases sociales, sino que el mismo es generador directo de clases sociales.

Dejando en pie un Estado, éste generará alrededor suyo toda una nueva casta de privilegiados, encargados de la dirección de dicho Estado, pues cualquiera sabe que gobierno, es igual a burocracia, burocracia es igual a parasitismo y de esto no se escapa tampoco el Estado propuesto por los marxistas.

Conocedores de la naturaleza del Estado, no nos resulta desconocido que después de revolución, y mediante la dictadura del proletariado, se ejecute el principio de la lucha de clases (explotados contra explotadores) a la manera inversa (¡explotadores contra explotados!).

Nosotros sabemos perfectamente que la abolición de las clases sociales ha de llegar paralelamente con la destrucción de la sociedad y del Estado y que este Estado (incluido el suyo) no ha de morir de muerte natural, sino de muerte violenta, por la fuerza y sin "periodos transitorios".

Pero también sabemos que hoy más que nunca,esos explotados se identifican con los explotadores hasta el punto de llegar a querer ser como ellos. También sabemos que la mera rebelión de los explotados contra los explotadores no es suficiente, sino que necesita de un paso más, el paso de la rebelión del individuo oprimido y consciente contra las personas y las causas de su opresión independientemente del lado de la "sociedad de clases" de donde provenga. En una palabra de la rebelión del individuo contra la jerarquía y la explotación a través de la destrucción no sólo de la burguesía o del capitalismo, no sólo del Estado, sino también de la sociedad y de cualquier forma de imposición.

La crítica aquí hecha al marxismo, cuyos valores impregnan aun subrepticiamente aunque cada vez más descafeinados, todo el espectro contestatario actual, desde el más burdo izquierdismo al sindicalismo más combativo e incluso a buena parte de "lo libertario", es una crítica que ha de ir más allá y extenderse al ámbito más radical en una época en la que cada vez menos personas rebeldes atacan al Estado sino que, en sus afanes populistas por sublevar al pueblo y a la "clase obrera", parecen apuntalarlo aun más en una lucha sin sentido contra los recortes y otras precariedades a las que nos somete el aparato estatal (que es quien aplica esta precarización de las condiciones de vida, y no así el capitalismo, recordémoslo) en lugar de apuntar al corazón de la opresión: la autoridad en cualquiera de sus formas.

Porque la lucha de clases sea una lucha entre la clase de los individuos indómitos que no quieren que haya jerarquías ni explotaciones de ningún tipo (y ojalá que esa clase sea cada vez más numerosa) contra las jerarquías y la explotación, contra la autoridad, sus defensores y sus falsos críticos, pertenezcan a la clase que pertenezcan (aunque si pertenecen a la burguesía nuestros golpes irán con más saña).

Renzo novatore: notas biográficas de un iconoclasta

Abele Rizieri Ferrari, más conocido por el nombre de Renzo Novatore (Mayo 12, 1890–Noviembre 29, 1922) pasó a la posteridad por ser un anarquista individualista de tendencia ilegalista italiano, autor de numerosos escritos teóricos y agitativos, pero también de numerosas acciones y atracos en su acérrima lucha contra toda forma de autoridad. Crítico con el poder,en forma y fondo, como pocos, criticaría incluso los vicios del propio movimiento anarquista e incluso algunos de sus fundamentos y sería una importante influencia en posteriores anarquistas reconocidos como Luigi Galleani, Severino Di Giovanni o Jules Bonnot. Es conocido por su escrito Hacia la nada creadora (Verso il nulla creatore). Su pensamiento fue influenciado por escritores como Max Stirner, Nietzsche, Palante, Wilde, Ibsen, Schopenhauer o Baudelaire.



Nacido en el seno de una familia campesina pobre de Liguria. Nunca se ajusto a la disciplina escolar, abandonó la escuela en su primer año para no regresar más. Autodidacta, aprendió sobre filosofía y poesía mientras trabajaba la tierra con su padre profundizando su formación y adentrándose en el mundo de las ideas políticas y subversivas al acercarse a una naciente pero vibrante escena anarquista de su pueblo, Arcola.

Descubrió a Kropotkin, Malatesta, Ibsen y Schopenhauer, a quien Novatore citaba extensivamente y especialmente a Stirner. Desde 1908 abrazó el anarquismo individualista y con él, la acción

En 1910, se le imputó sin pruebas la quema de una iglesia local y pasó 3 meses en prisión. Un año después, fue a la clandestinidad por algunos meses porque la policía lo buscaba por robo. En septiembre 30 de 1911, la policía lo arresto por vandalismo. El justificaba el rechazo del trabajor y, por lo tanto, de acuerdo con su filosofía de vida, asumía la expropiación (tanto colectiva como individual).

En 1914 comenzó a escribir para periódicos anarquistas. Llamado a cumplir el servicio militar obligatorio en 1912 resultó exento del mismo por causas desconocidas. Llamado de nuevo a filas al estallar la I Guerra Mundial, desertó de su regimiento y fue sentenciado a muerte por un tribunal militar por deserción y traición el 31 de octubre de 1918.

Envuelto en un colectivo anarco-futurista en La Spezia, actuaba también en el seno de grupos antifascistas, tenuendo una febrilactividad. Era amigo cercano de otros anarquistas individualistas de acción como Bruno Filippi y escribió para periódicos anarquistas como Cronaca Libertaria, Libertario, Iconoclastal, Gli Scamiciati, Nichilismo, Pagine Libere,etc, en donde debatía con otros anarquistas como Camilo Berneri. Publicó también una revista titulada Vertice.

En mayo de 1919 la ciudad de La Spezia cayó, fruto de un alzamiento, bajo control del Comité Revolucionario sumándose a él Novatore. Fracasada la insurrección, el 30 de junio del mismo año, Novatore, refugiado en las montañas fue delatado por un campesino,detenido y sentenciado. a 10 años de prisión pero salió en libertad en una amnistía general unos pocos meses después. En el comienzo de 1920 Italia estaba envuelta en un clima pre-revolucionario,con ocupaciones de tierra y de fábricas y con un movimiento obrero, en especial anarquista y anarcosindicalista muy fuerte, pero también,debido a esas convulsiones, Italia estaba a punto de ser tomada por el fascismo . Novatore decidió regresar a la clandestinidad y en 1922 se unió a una banda de atracadores en la que destacaba el anarquista Sante Pollastro.

El 29 de noviembre de 1922 mientras andaba con Pollastro, fue abatido en un tiroteo por los carabinieri en las inmediaciones de Génova. Pollastro lograría escapar.. En el cuerpo sin vida de Novatore, la policía encontró algunos documentos falsos, una pistola y algunas balas, una granada de mano y un anillo con un contenedor secreto con una dosis letal de cianuro.

El anarquismo individualista de Novatore

Novatore hablaba de la "heroica belleza de el anti-colectivista y creador yo" que esta mas allá de los modales y moral tanto de la burguesía como del proletariado. Decía que su situación era una de vivir "En el reino de los fantasmas" usando el lenguaje de Stirner. Con este título de uno de sus ensayos quería hacer alusión al conformismo social que sentía a su alrededor y decía que "El mundo es una iglesia petulante codiciosa y limosa donde todos tienen un ídolo para adorar cual fetiche y un altar al cual sacrificase."

En tanto la sociedad actual dijo "Progreso y civilización, Religión y lo Ideal, han cerrado a la vida en un círculo mortal en donde los fantasmas más austeros han erigido su reino viscoso. ¡Es tiempo de acabar con ellos! Debemos romper el círculo violentamente y salir". Como salida a esta situación dijo "la revolución es el fuego de nuestra voluntad y la necesidad de nuestras mentes solitarias; es una obligación de la aristocracia libertaria. El crear nuevos valores éticos. El crear nuevos valores estéticos. Poner en común

la riqueza material. El individualizar la riqueza espiritual. Esto debido a que nosotros violentos celebradores y sentimentalistas pasionales al mismo tiempo comprendemos y sabemos que la revolución es una necesidad de la tristeza silenciosa que sufre en la base y una necesidad de los espíritus libres que sufren en en las cumbres." Resume las tres opciones en la vida como "La corriente de la esclavitud, la corriente de la tiranía, la corriente de la libertad! Con la revolución, la última de estas corrientes necesita explotar en las otras y agobiarlas. Necesita crear belleza espiritual, enseñar a los pobres la vergüenza de su pobreza, y a los ricos la vergüenza de su riqueza."

Manifiesta que "Solo la riqueza ética y espiritual" son "invulnerables. Es esa la verdadera propiedad de los individuos. El resto no! El resto es invulnerable! Y todo lo que es vulnerable sera violado!". Novatore llama a aquellos semejantes al "anarquistas. E individualistas, y nihilistas, y aristócratas." y "los amantes de todo milagro, los promotores de todo prodigio, los creadores de toda maravilla!"; "los enemigos de toda dominación material y toda equiparación espiritual." Defensor del nihilismo, afirma: "En tanto la única gente seria son aquellos activamente en la risa" y en tanto los individualistas deberían ir "Adelante para la destrucción de la mentira y los fantasmas! Adelante para la completa conquista de la individualidad y de la vida!"

El anarquista italo-argentino Severino Di Giovanni dedicaría un poema a Novatore poco después de conocer su muerte. Posteriormente Di Giovanni establecera el "Grupo Anarco-individualista Renzo Novatore" el cual entra dentro de la Alianza Antifascista Italiana en Argentina.

Novatore no tuvo influencias sólo sobre Di Giovanni,sino también sobre el "mentor" de éste último, Luigi Galleani y su círculo de ilegalistas italo-americanos (entre los que destacaban, Sacco y Vanzetti, Mario Buda o Andrea Salsedo) . Además ha influido enormemente, ya en el presente a un sin fin de grupos insurreccionalistas,nihilistas,sob re todo en Europa y Latinoamérica, y de anarquistas anticivilización, sobre todo en Estados Unidos.Sobre Novatore escribiría el anarquista anticivilización Feral Faun en uno de sus escritos: "Entonces dejaremos de estar solamente en los margenes de la sociedad y cada uno, como individuos salvajes y únicos, nos convertiremos en el centro de un proyecto insurreccional que podría destruir la civilización y crear un mundo en el cual vivamos, nos relacionemos y creemos libremente en tanto nuestros únicos deseos nos muevan. Nos convertiremos-citando a Renzo Novatore otra ves-una sombra que eclipse cualquier forma de sociedad que pueda existir bajo el sol".

Contacto:
revista.infierno@yahoo.com

Ante las afrentas del Poder y su misma existencia siempre hay rebeldes, anarquistas, que nunca se quedarán quietxs y atacarán las estructuras, sistemas y personas que lo representan y que nos humillan a todxs día tras día. Méjico, Bolivia, Chile, Argentina, EE. UU., España, Alemania, Suiza, Francia, Italia, Grecia, Rusia, Bielorusia, Indonesia... Y en tantos otros lugares.

Es por esto que el Poder reprime a sus enemigxs. Es por esto que no nos quedaremos quietxs y devolveremos golpe por golpe hasta demolerlo.

